

CONFERENCIA ¿DE QUÉ SUFREN LOS SUJETOS?
FORO PSICOANALITICO DEL PAIS VASCO.
SAN SEBASTIAN, 29 DE FEBRERO DE 2008.
ANA ALONSO

El título en forma de pregunta ¿De que sufren los sujetos?, encierra dos términos: el de sufrimiento y el de sujeto e inevitablemente me ha suscitado pensar en la clínica, en la clínica psicoanalítica, ¿de qué sufren los sujetos que acuden en masa a los servicios públicos de salud mental, a los diferentes dispositivos asistenciales, a las consultas de los diversos psi que pueblan el país, y como no, a las consultas de los psicoanalistas? Pero se me cuela otro término que tiene que ver con la temporalidad, por ello, trataré de organizar mi exposición con la idea de la pregunta ¿De qué sufren los sujetos hoy?

El sufrimiento habitualmente –y tal como lo define el diccionario español– está referido al hecho de experimentar un dolor físico o moral, que afecta al sujeto que lo padece, le afecta y por ello, le lleva a un estado de ánimo determinado. Es decir, el sufrimiento es algo profundamente subjetivo, al igual que la felicidad y en alguna medida supone la antítesis, o por lo menos tiene puntos de conexión importantes.... Parto entonces, de la felicidad, tal como la articula Freud en su texto de 1930, El Malestar en la Cultura, en el que se pregunta cuál es la meta de la vida humana, ¿qué es lo que quieren los hombres, los seres humanos, qué esperan conseguir de la vida? Y responde, aspiran a la felicidad, quieren ser felices y no quieren dejar de serlo.

Y esa aspiración, continúa Freud, se presenta en dos vertientes: una positiva, que consiste en obtener y experimentar sentimientos de placer y otra negativa, que trata de evitar el dolor, es decir encaminada a buscar la ausencia de sufrimiento.

Al hombre/mujer le resulta difícil alcanzar la felicidad en sentido estricto, que es la vertiente positiva, de tal suerte que ya el hecho de haber escapado a la desgracia, de haber sobrevivido al sufrimiento, va a hacer que el hombre/mujer pueda sentirse feliz, pues en la vida es más fácil encontrarnos con el sufrimiento, y por tanto el reducirlo o no experimentarlo, ya nos parece signo de felicidad. El sufrimiento, nos amenaza, prosigue Freud, desde tres lados: desde el propio cuerpo que con su deterioro y sus límites nos hace sentir el dolor y la angustia; desde la naturaleza o mundo exterior que con su omnipotencia nos hace

empequeñecer ante su fuerza destructora y en tercer lugar desde las relaciones con otros seres humanos.

Sin duda esta última es la que resulta más dolorosa, pues cuesta pensar que todas las realizaciones de la cultura, que en buena medida, están encaminadas a lograr cierta pacificación entre los individuos de una comunidad, fracase y no pueda evitar a los hombres esa fuente de sufrimiento. Freud, explica a través del mito de Tótem y Tabú – los mitos, son construcciones que vienen a dar cuenta de algo de la estructura a través de un relato- explica el origen social, como se constituyó la comunidad humana por medio de un pacto, pacto por el que los individuos aceptaban la renuncia a la satisfacción de alguna pulsión a cambio de poder compartir, construir juntos una civilización que les permitiera defenderse de la naturaleza, regular las relaciones entre ellos, etc. Pacto que tuvo como precepto fundamental la prohibición del incesto, la mayor herida o renuncia que jamás tuvo que soportar el hombre, en palabras del propio Freud.

Entonces, siguiendo el hilo por el que nos conduce Freud, parece que el desarrollo de la cultura supone una renuncia a la satisfacción individual en pos de la convivencia con los otros, en oposición con el principio del placer, que es el principio que rige la vida, o sea el camino a la felicidad sin restricciones, a la ausencia de sufrimiento, en tanto propugna una satisfacción plena y mítica. Este conflicto entre la civilización y las ansias de satisfacción, se saldrá con un poco menos de satisfacción, con la certeza de que la felicidad mítica y plena no será posible para los humanos, concluyendo Freud al final del texto: “El precio del progreso cultural debe pagarse con el déficit de felicidad” o con el aumento del sufrimiento.

Este es un texto -El Malestar en la Cultura- que ha sido calificado a veces de sociológico, en él Freud muestra cierto pesimismo respecto a que el progreso social, moral, de la cultura científica, fuera a facilitar la realización del principio del placer, como se pensaba en el siglo XVIII y XIX. Bien es cierto que hay aportes de la ciencia y de todos los avances culturales que traen consigo una disminución del sufrimiento, pues no es igual disponer de tratamientos paliativos para el dolor del cuerpo cuando está enfermo de gravedad, que tener que estar sometido a las torturas que la enfermedad puede deparar o no es lo mismo las hambrunas –que todavía en países del mundo sabemos que diezma a poblaciones enteras- que la relativa escasez, cuando no la abundancia de los países occidentales y/o desarrollados. Y aunque sea de otro orden, tampoco es igual estar alejados de los seres queridos y no tener medio alguno de saber de ellos, que poder comunicarse con un móvil en pocos segundos como podemos hacer

actualmente cualquiera de nosotros. Sin embargo, lo que Freud detecta y señala como caída del optimismo es un impedimento estructural. Impedimento que pone en conexión a la cultura con otra intención que la de la vida, con la intención de la muerte, con la pulsión de muerte.

Si antes he señalado que estamos ante un texto calificado de sociológico, también ahora puedo añadir que es un texto que puede ser leído como eminentemente clínico, en tanto Freud aborda el tema de la cultura a partir de su experiencia clínica, pues el malestar del individuo aparece como fundamento del malestar en la cultura y el malestar en la cultura, es al mismo tiempo el malestar en el individuo, es decir, no puede desligarse fácilmente el sufrimiento del hombre del malestar de la civilización, como que lo uno no pudiera existir sin lo otro.

Asimismo en el texto se trata de psicoanálisis, y de psicoanálisis en tanto terapéutica, terapéutica que trata de restituir el principio del placer, o cuando menos trata de aliviar el aplastamiento que los individuos sufren por las exigencias del desarrollo de la cultura. Y para poder dar cuenta de ese recorrido, va a tomar como eje de su investigación la teoría de las pulsiones, es decir, el medio de la satisfacción y sus avatares.

Sabemos que satisfacer la pulsión, la pulsión de muerte, si se la dejara a su libre arbitrio, impediría que funcionara cualquier comunidad o sociedad, haría imposible la convivencia, hasta el punto que sería difícil pensar que pudiéramos estar sentados los unos al lado de los otros, como hoy estamos aquí para pensar algunas cosas juntos; la propia satisfacción sin tomar en cuenta a los otros, haría que prevaleciera el matar, dañar, destruirnos, etc. Por ello, se formula la pregunta ¿de qué medios se vale la cultura para inhibir o para volver inofensiva la agresión de la pulsión de muerte? Y se encuentra con una función que limita, que restringe la satisfacción de la pulsión: el Superyo. Es decir, Freud presenta la creación del Superyo a partir de la pulsión de muerte.

La reflexión de Freud es que va a ser la propia pulsión de muerte la que va a hacer barrera a la agresión de la pulsión de muerte entre los humanos. Por paradójico que resulte, el Superyo, al que presenta como una forma de la pulsión de muerte, va a ser el encargado de tal fin. El superyo a partir de ahí, no puede únicamente considerarse como una instancia de regulación apaciguadora, representante de las instancias morales más elevadas, pues también es el operador resultante de la pulsión de muerte.

Podemos enunciar ya una primera aproximación: que en el sufrimiento se esconde una porción de nuestra propia constitución psíquica, esto es, la

pulsión de muerte. La pulsión de muerte en su modalidad de superyo habita dentro de cada uno de nosotros, de tal suerte que, nunca mejor dicho, tenemos el enemigo en casa, es decir, nada podrá pasar desapercibido para ese centinela que presto en nuestro corazón podrá desvelar cualquier resto de deseo. Por ello el sujeto aceptará la renuncia de las satisfacciones libidinales, no solo por la exigencia del mundo exterior, bajo la égida del temor a perder el amor del otro, sino y sobre todo por las exigencias que el superyo le imponga. En ese sentido, es interesante, porque nos va a conectar con algo que encontramos muy presente en el mundo de hoy, y sobre lo que me detendré un poco más adelante y que se muestra con lo que se viene en llamar la paradoja del superyo.

La paradoja, es que contrariamente a lo que la lógica podría hacer pensar, cuanto más un individuo se pliega a las exigencias que el superyo le impone, más éste exige, en una glotonería insaciable que parecería no tener fin, hasta el punto que se constituye en una exigencia absoluta.

Y esas exigencias del superyo, al que nunca se puede satisfacer, tiene un correlato en el sujeto: el sentimiento de culpa. La culpa, que como sabemos da mucho sufrimiento, se presenta en la neurosis obsesiva y también en la melancolía, a cara descubierta, pero también en todo sujeto neurótico está presente, a veces de forma inconsciente, mostrándose únicamente como una especie de malestar, de un descontento difuso, como un sentimiento de que las cosas no van como deberían ir, de que hay algo que no funciona bien, malestar que invade la vida de los sujetos.

Por ello, la fuerza del superyo, tenemos que buscarla en las mismas exigencias libidinales que se transforman en exigencia de goce absoluto. Es lo que Lacan muestra en su escrito, “Kant con Sade”. Tras el imperativo moral de Kant está el goce como exigencia absoluta. El bien supremo desaparece en Kant y su filosofía se reduce a un puro “Tu debes”, es decir una exigencia absoluta vinculada directamente a la exigencia pulsional. Este “tu debes” que podemos acompañar del “tu debes trabajar”, “debes consumir”, “debes producir”, “debes ser el mejor” “debes gozar”...., que se impone en nuestro vocabulario cotidiano, es muestra de este mundo actual, mundo sin medida y que Lacan –en el Seminario 7, La Ética del Psicoanálisis- ha llamado el absoluto, es decir, el absoluto es eso: la medida perdida. Podríamos señalar aquí, que una manera de evitar el sufrimiento sería un mundo con sentido de la medida, más en el sentido aristotélico, que recordemos era un mundo de moderación, de reserva, que precisaba un conocimiento discriminado de los objetos del mundo.

Y una manera de reintroducir la medida, de descompletar lo absoluto, se plantea en el psicoanálisis con la inclusión de una nueva dicotomía, aquella que distingue goce y placer. En tanto, el placer se define por la medida, sólo hay placer cuando hay medida, ya que un exceso de placer puede llevarnos al sufrimiento, un placer sin medida -ver en los casos de adicciones, por ejemplo-, traerá un displacer. Por eso cuando hablamos de goce, tiene connotaciones con el sufrimiento. Ya que el goce, -concepto lacaniano- responde a la noción de una exigencia absoluta, es decir no tiene relación con otra cosa, no respeta nada podríamos decir, no hay sujeto en su particularidad, hay solo exigencia. Sin embargo, mientras que a un placer se puede renunciar o se puede demorar cuando éste implica displacer, cuando se trata de un goce, es un empuje irresistible y no se puede renunciar, o por lo menos no con facilidad. En definitiva, lo que define el goce es que es a riesgo de la muerte -real o del sujeto-, es que se convierte en una exigencia fundamental del ser.

Pero si bien he llegado a lo que define un goce, que como connotación primera es que responde a una noción de exigencia absoluta, donde no hay sujeto en su particularidad. ¿Cuál es la particularidad del sujeto? Este es un concepto que debemos a Lacan y sucintamente podemos decir que sitúa en lo particular la pérdida enunciada ya por Freud. Si éste lo sitúa en la renuncia pulsional que todo individuo humano tiene que aceptar para poder introducirse en la civilización, Lacan plantea la constitución del sujeto humano también en esa línea. Es decir, la constitución del sujeto supone una pérdida de goce, o lo que es lo mismo que decir una renuncia a una satisfacción completa, mítica, por la inclusión en lo humano. Es el precio a pagar por su entrada en el lenguaje, por el pasaje de un ser vivo, orgánico, a la constitución de un ser de lenguaje, incluido en la cadena humana. Pero esa renuncia de goce, primera castración estructural o simbólica al hecho del ser hablante, esa renuncia que constituye al sujeto en falta, lo constituye en falta en ser.

La dimensión de la falta que supone que un sujeto está dividido por estructura, que no puede vivirse nunca más como completo, nos lleva a decir que los sujetos sufren de su división. Pero ¿por qué el punto de la falta es algo tan difícil de admitir por un sujeto? Justamente el sujeto prefiere soñar que todo es posible, incluso sacrifica lo más valioso para él, para mantener la ilusión de que en algún lugar existe la perfección, en algún lugar hay alguien total, a quien no le falta nada. Es decir, uno puede darse cuenta que es incompleto, que hay un tope estructural, se verifica en la clínica y en la vida cuando se encuentra con una imposibilidad real, es decir con la castración simbólica. Pero para no tener que hacerse cargo de

ese límite, momento de sufrimiento, ya que siempre que topamos con un límite, con una barrera que nos impide obtener la satisfacción esperada o fantaseada, duele y aunque se trate de un dolor que nos ayuda a comprender, a hacernos cargo de nuestro bagaje, y aunque al final resulte un alivio, habitualmente el sujeto neurótico prefiere que la imperfección que supone rozar con la falta no le alcance. Por ello se fabrica un alguien, un Otro que tendrá esa completud, el sujeto prefiere soñar que todo es posible, así que acepta multitud de sacrificios y renunciaciones con tal de sostener la ilusión de que haya al menos Uno que se escapa de estar en falta, Otro al que dirigirse, Otro todopoderoso, sin falta, que nos acoja en nuestro desamparo de humanos. Si nos acercamos a la clínica podemos también decirlo como que el sujeto neurótico prefiere pensar que la falta es algo que genera él, expresiones del tipo de: “no puedo”, “no se”, “no soy capaz”..., son las quejas, que muestran una impotencia y que señalan la castración imaginaria, maneras de tapar la imposibilidad real: “no se puede”, que señala la castración simbólica.

Si bien la división, la falta es algo de lo que el sujeto padece, también es la condición para que el deseo pueda ponerse en marcha, deseo que constituirá el acicate para que el sujeto humano pueda a su vez, defenderse y sostenerse frente al sufrimiento. Nada alivia tanto el malestar como el saberse que uno está sosteniendo su propio deseo. Aunque el deseo del Otro promueva la angustia, no hay mayor defensa contra la angustia que el deseo. Frases, que reconocemos en nuestro contexto psicoanalítico que enuncian una verdad.

Y aunque el sufrimiento de un sujeto es particular, no puede dejar de pensarse en un contexto social e histórico determinado. En ese sentido cabe recordar la recomendación de Lacan en su texto *Función y Campo de la Palabra y el Lenguaje*, “Mejor pues que renuncie -a su práctica- quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época”.

Volvamos entonces al título, en tanto el propio título abre la pregunta por el sujeto ¿qué subjetividad corresponde a nuestra época? ¿qué sufrimiento, y que ideales vienen a cubrirlo?

La época en la que vivimos discurre bajo la égida del discurso capitalista como modo de relación, y ha venido precedida por el progreso de la ciencia que con sus avances técnicos ha animado la producción y uso de multitud de objetos, además de afirmar la idea de un saber absoluto, como posible y necesario. Los ideales imperantes son el individualismo, la competencia, las relaciones utilitaristas, coyunturales y poco comprometidas, así como el pragmatismo y el liberalismo. El mercado ha pasado a ser el eje del sistema

sobre el que girarán los agentes económicos y sociales. La promoción de un yo fuerte y completo anima la ilusión de que se puede anular la pérdida constitutiva, mítica, que es lo mismo que intentar anular la castración.

Consecuencia de ello es que el sujeto desaparece, se borra, y en su lugar se instauro el individuo, usuario, consumidor, productor, que cierra el circuito, completo, autosuficiente, que con su yo inflado y sus objetos no precisa de otros para la satisfacción. Por ello decimos que el vínculo social está amenazado, pero también el deseo, en tanto con la asfixia que produce el saberse con todas las posibilidades de llenarse, sin hueco para un pequeño vacío, para un algo que falte, es difícil que el deseo pueda emerger, quedando sujetos desgastados, haitos, pero sin poder conectar su malestar con ese aislamiento.... Se produce un empuje a la acción y la efectividad en detrimento del pensamiento y la palabra, a la par que se establecen exigencias desmedidas sobre los sujetos, tanto en lo referente al mundo laboral como a la imagen corporal, auténtica tiranía del yo ideal, y en las relaciones sociales en general.

Como ya hemos visto que teorizaba Freud, nada da mayor malestar que el hecho de anular el deseo en pos de los mandatos superyoicos. Los retornos de malestar por esa anulación del deseo y del amor se hacen sentir, pues no hay objeto que pueda colmar esa demanda de la pulsión.

Y el ejemplo que he recordado es el protagonista de la película *Mach Point* de Woody Allen, que a mi parecer guarda consonancias con el sujeto que se propugna en nuestra época. Ciertamente se trata de un sujeto obsesivo, pero yo diría además moderno, en el que en la trama, el cálculo es mantenerse en una imagen, en una posición social glamourosa, aún a costa de sacrificar su deseo por la mujer a la que acaba matando, mujer a la que desea, pero con la que no se quiere comprometer, pues eso supondría perder lo que ha conseguido: los objetos, la riqueza, la posición social, el trabajo, la estabilidad, el glamour, todo en el orden del tener.... Y él no está dispuesto a sacrificar eso. Tampoco a consentir al compromiso que una relación de deseo supone, de hecho la mata cuando ella le pide ese compromiso. Muestra la película a un sujeto frío, indiferente, en el que únicamente aparecen atisbos de miedo o angustia en relación a si puede ser descubierto su acto por la policía, pero para nada en relación al afecto por la pérdida de la mujer deseada.

En la clínica los efectos del discurso imperante y sus ideales sobre los sujetos, se perciben en las dificultades para subjetivizar lo que les pasa, apareciendo el dolor en el cuerpo, con síntomas variados, y el dolor psíquico, en forma de malestar de los que poco o nada pueden decir,

mostrando en cualquier caso su padecer desconectado de lo que les ocurre en la vida.

Así recuerdo un paciente que he visto recientemente, que había sido derivado por ansiedad, -ese malestar en el cuerpo, en un organismo casi diría yo, pues no aparece nada de lo subjetivo-, hombre joven al que vengo atendiendo en un dispositivo de salud mental, que acude una vez más para decirme que la ansiedad, esa que le ha llevado a consultar, parece que a fuerza de la medicación consigue atenuar las crisis y hacer su vida llevadera. Si bien, añade, persiste un ciclo, así lo llama, que ha quedado establecido los últimos meses en cinco días al mes, ahí tiene su subida y bajada; después queda un poco asustado pensando que puede presentarse en cualquier momento, pero poco a poco, pasan los días y va viviendo.... Es un hombre como tantos, de pocas palabras, y no me refiero a que sea mudo, habla y mucho, pero poco de él, coordina una empresa en la que la palabra es precisa para funcionar, pero es palabra vana, de él ni chitón. Las técnicas de relajación que le han enseñado las enfermeras del Servicio de Salud Mental le ayudan, pero cuando se presenta el ciclo, los días de crisis, de poco sirve..... Aparentemente es un hombre que tendría de todo aquello que se supone en el orden del tener, es decir, lo necesario para sentirse bien y en paz con la vida. Tiene una mujer que le quiere, un hijo pequeño al que adora, un trabajo a su medida, economía saneada y conocidos, más que amigos, con los que pasar algunos ratos. Cuando en las primeras entrevistas le pregunto por esos ciclos -tengo que decir que antes de la medicación la invasión era general, presentándose en continuum desde hacía meses- qué piensa, si hay algo que pueda decir de lo que le ocurre en esos días, insisto con mis preguntas, responde que es un hombre que se confiesa depredado más que depredador. Y confiesa entre risas nerviosas que lo que le vienen son pensamientos tontos, fuera de lugar y de contexto, tanto que le producen risa, piensa que no son buenos, a menudo ha pensado que le produce cierto temor llevarlos adelante, los pensamientos son: va en coche y de pronto le asalta la idea de acelerar y darle al coche que tiene delante, o ve al jefe de su empresa, que puede situar en la categoría de los depredadores-tiburones y se le ocurre darle una patada, o darle un puñetazo al frutero que le metió una manzana podrida cuando fue a hacer la compra, incluso paseando a su hijo de corta edad se ha preguntado ¿podría llegar a hacerle daño? Esos pensamientos en los que se ve como depredador más que como depredado, imagen de buena persona, incapaz de causar daño le asusta. Emergen los recuerdos escolares en los que aparece como alguien a quién los “brincas” de clase provocaban y a los que jamás dio respuesta, es decir, nunca se enfrentó cara a cara, a puñetazos como podía ser de esperar, sin embargo nunca se ha sentido cobarde por ello, tampoco ahora, pero esa dificultad para pensarse agrediendo y esos temores a agredir..... Se muestra

sorprendido, desde hace veinte años se vienen repitiendo esas crisis que ha llevado a muchas consultas, nunca había relacionado con esas ideas que podemos ver perturban su yo ideal, la idea amable que él tiene de sí mismo.... Punto de inicio de un camino a recorrer, el que transita de la ansiedad a la angustia, el que va de la ansiedad sin palabra, sin referente subjetivo al que anudarse y que después de varias entrevistas y de una espera y pregunta atenta, surge algo, un pensamiento, un rasgo subjetivo que sorprende al mismo paciente.

La clínica nos muestra que las diferentes maneras en que se presentan las alteraciones o desfallecimiento del deseo, señalan depresiones encubiertas tras el fracaso en algún que otro aspecto de la vida, sujetos quebrados, cansados y sin ánimo para seguir luchando. Instalados en el vacío de la existencia, las preguntas ¿qué sentido tiene la vida?, cobran importancia, se sienten fuera del sistema, en una posición de claro rechazo a la propuesta de una exigencia de forma de vida que anula lo singular en pos de la homogeneización igual para todos. Son sujetos que podemos pensar que hacen resistencia al superyó capitalista en forma de autoexclusión, por la vía de los síntomas depresivos, como síntomas de disidencia, de caída del deseo.

En cuanto a los jóvenes, se suceden las demandas en las que manifiestan estar como desalojados del mundo, del vivir, que vegetan tras los fracasos escolares o laborales, de relación o amor, perdidos sin entender el porqué están en la vida, ni el sentido de su estar, “¿qué hago con mi vida?” “No quiero vivir”.., como extraviados en la existencia, desganados y fuera de circuito, habitualmente también de la palabra. Derivados, generalmente por un médico que atendiendo a la alarma familiar los precipita a la consulta, a ello se añade con demasiada frecuencia el aislamiento con un goce que con frecuencia se escucha, un goce insertado en el cuerpo, las autolesiones, cortes en el cuerpo producidos por ellos mismos, sin saber porque, podemos preguntarnos ¿a que obedecen esos cortes?

Quizá lo más llamativo es que el relato de los cortes autoinflingidos aparece desconectado de todo los demás que han ido contando, la deserción de la comunidad, del lazo social, pero escuchando a un joven hace un par de días que me contaba de un grupo de referencia, que podía localizarse por la página web que mantenía en internet, aparecían esas marcas en el cuerpo como una forma de goce homogénea que une, una tribu urbana, un grupo de referencia, casi una identidad.

Efectivamente suele tratarse de jóvenes y adolescentes perdidos, desorientados, sí, pero que para nada podría incluirseles bajo el diagnóstico

de psicosis ni tan siquiera de border line o trastorno límite o parecido, es decir más bien se trata de sujetos inscritos en la estructura neurótica, y eso es lo novedoso de los tiempos. Quizá pueda pensarse también en ese punto donde el goce está conectado con el sexo y la muerte, que esos cortes tengan un sentido de ir más allá, de un soy capaz de gozar más allá de la castración, de una forma de traspasar un límite, un intento de velar/rechazar la castración, lo que también podemos pensar acorde con las exigencias de los tiempos.

Las patologías del acto son otra forma de ver el sufrimiento enraizado con la subjetividad de la época. Así la violencia en sus diferentes formas se muestra cotidianamente, dejando su rastro en aquellos que lo padecen, sea en las relaciones de pareja, de amor, como víctimas de la impotencia del otro, que marca su destino -recordemos las 4 mujeres muertas a mano de sus parejas en un solo día a principios de esta misma semana-. También en el ámbito del trabajo, donde los zarpazos del odio del otro, del abuso de poder son causa de sufrimiento, en especial cuando aparece la frialdad y la indiferencia de los otros compañeros, que con el individualismo a ultranza dejan al sujeto a merced de su propia defensa, sin que la solidaridad – palabra antigua- pueda acompañar en la desventura.

También las adicciones en sus diferentes presentaciones – sean drogas, alcohol, juego, .. etc.- así como los trastornos de la alimentación, en su forma de bulimia, aportan su dosis de sufrimiento. Pues se caracterizan todas ellas por el empuje a la acción, acción dañina para el sujeto. Así en el síntoma bulímico se trata de un empuje a comer, comer sin hambre, como algo que se desliga de la necesidad, y aunque el sujeto se imponga dietas restrictivas no cede, es más, a más dietas más empuje a comer. Algo empuja a satisfacerse aunque sea algo inconveniente para el sujeto, es el empuje pulsional, el goce, a pesar de provocar malestar, displacer en el sujeto. Es un acto compulsivo del que sólo después el sujeto podrá dar cuenta, cuando se de la oportunidad de consultar a un psicoanalista y de instaurar una pregunta que conecte su malestar con el saber inconsciente.

Para terminar podemos preguntarnos ¿qué propuesta del psicoanálisis para aliviar el sufrimiento? ¿qué tratamiento posible?

Ya Freud en el texto mencionado al inicio, señalaba como un objetivo terapéutico el atenuar las pretensiones del superyo: “muchas veces nos vemos llevados a luchar contra el superyo, esforzándonos por atenuar sus pretensiones”. Así el camino propuesto se inicia por el desciframiento inconsciente, es decir, con poder conectar el malestar con la vida y la verdad inconsciente del sujeto, de tal suerte que pueda convertirse en un

síntoma y con el empuje de la angustia acceder al deseo, pasando por la pérdida, pérdida de goce y con ello atemperamiento del superyo.

Asimismo cabe también la pregunta de si el discurso analítico es capaz de producir un modo de resistencia al discurso actual, que mantenga abierta la hiancia por donde un deseo pueda surgir.